

PLIEGO



Vida Nueva
3.001. 6 DE
AGOSTO DE 2016

Migraciones Iconos que nos interpelan

JOSÉ LUIS PINILLA MARTÍN, SJ
Director de la Comisión Episcopal
de Migraciones de la CEE

Aprovechando algunas fotografías representativas de varios continentes, que le han interpelado a él a modo de iconos, el autor nos ofrece una mirada global sobre las migraciones. Su propuesta para este Año de la Misericordia es que el lector se anime a contemplar sosegadamente esas u otras muchas imágenes de inmigrantes y refugiados y ore con ellas. Y se comprometa a fondo con una realidad que llama cada día a nuestra puerta pidiendo un cambio de actitud hacia tantos hermanos venidos de lejos y nuevas políticas de acogida e integración en nuestras sociedades.

Un novicio jesuita le preguntó al anterior general de la Compañía de Jesús, **Peter-Hans Kolvenbach**: “Padre, ¿usted cómo reza?”. El padre general le contestó: “Rezo con iconos”. De nuevo el novicio insiste: “¿Y qué hace?, ¿los mira?”. A lo cual el padre Kolvenbach responde: “No, me miran ellos a mí”.

Cuando escribo estas líneas, recuerdo que hace un año precisamente estaba en los Balcanes, orando ante un icono, dejando que me “mirara”, cuando se empezaba a destapar públicamente la llegada de emigrantes al corazón de Europa. La noticia de los 70 emigrantes asfixiados (¡ay, asfixiados!) en un camión frigorífico en Austria la recibí justo en Decan Vitoski, un monasterio situado entre Gjakova y Pej, en Kosovo, que todavía mantiene concertinas (¡ay, las concertinas!) y soldados. Este enclave serbio está protegido por las fuerzas KFOR de las Naciones Unidas. A pesar de ello, pude envolverme de la presencia acogedora del silencio y del misterio contemplando el gran pantocrátor de la cúpula central. Y oré delante de uno de los muchos iconos en la pared que separa la nave del altar.

Y pensaba que, quizás dentro de cincuenta años, sería bueno volver a recordar los versos iniciales del poema 1936, de **Luis Cernuda**: “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros”, porque quizás muchos se habrían olvidado de las penalidades migratorias de estos días en la mayor tragedia humanitaria –y, sobre todo, política– tras la II Guerra Mundial. Y que muchos

quieren convertir simplemente en una noticia escondida o borrada para siempre por los vientos furiosos del Brexit u otras zarandajas que tanta exclusión, xenofobia y racismo están provocando contra los emigrantes. “Así será”, me dije. Y me comprometí a recordarlo siempre que pudiera. Este Pliego me da una posibilidad más de hacerlo. Recogiendo y modificando pequeños retazos antiguos que escribí en su momento e intentando no destrozarse el paño con otros nuevos, os ofrezco mi relato. Que, en muchos casos, es mi oración. Gracias.

ICONOS QUE INTERPELAN

He visto fotografías de emigrantes como iconos que me interpelan. Las prefiero a las ráfagas televisivas o a las noticias fugaces. Porque las fotos las puedo contemplar quietamente. Sosegadamente. Dejando que me hablen ratos largos, incluso las puedo acariciar.

Y desde ahí introducirme –si Dios quiere– en el reto de la misericordia. En los iconos posteriores veréis que acudo a la experiencia contemplativa ante imágenes de emigrantes. Las he vuelto a mirar despacio. Las miradas rápidas sobre la realidad emocionan fácilmente. Ver es relativamente fácil; es un fenómeno biológico. Pero es necesario mirar, contemplar pausadamente, dejar que cale el cruce de miradas. Educar la mirada sobre la vida de los pobres –en este caso, los emigrantes– es construir la vida sobre el “principio-misericordia” del que hablaba **Jon Sobrino**. Es una habilidad necesaria para construir interpretaciones más ricas de la



Cientos de personas buscan plaza en un tren en la frontera serbo-macedonia

realidad. Y así buscar lo verdadero, dejándonos llevar por el rescoldo que se posa en el corazón. Dejarnos llevar es ver. Profundizar es un ejercicio que nos hace más humanos y mejores. Somos lo que somos capaces de mirar en profundidad. Nuestra mirada puede retener el poso y el paso por la existencia de estos “náufragos huyendo de la vida imposible” –que diría **Galeano**– en una cotidianidad conquistada y permanente. ¡Contemplativos, en suma!

La quietud y la contemplación favorecen la interiorización misericordiosa del sufrimiento ajeno. Que penetre en mis entrañas; lo hago mío y, de alguna manera, me duele a mí. El lenguaje de la misericordia puede quedarse en hacer “obras” en un momento u otro, sin abordar las causas estructurales concretas del sufrimiento y las injusticias; puede entenderse de manera paternalista, sin reaccionar ante una sociedad que funciona de manera inmisericorde. Para evitar malentendidos y reduccionismos, **Jon Sobrino** hablaba del citado “principio-misericordia”, es decir, de un principio interno que está en el origen de nuestra actuación, que permanece siempre presente y activo en nosotros, que imprime una dirección a todo nuestro ser y que va configurando todo nuestro estilo de vivir. La activación de la mirada hacia los



emigrantes puede ser un permanente recordatorio de este principio.

Mi propuesta para el Año de la Misericordia, querido lector, es dejar que las imágenes de inmigrantes y refugiados –a miles todos los días– te inviten a orar. Y a comprometerte (comprometernos), por tanto, a fondo.

En estas páginas me voy a aprovechar de algunas fotografías representativas de varios continentes, para reafirmarme en la mirada global sobre las migraciones a la que nos invitaba el sabio papa **Benedicto XVI**, cuando en *Caritas in veritate* decía de ellas que son “un fenómeno social que marca época, que requiere una fuerte y clarividente política de cooperación internacional para afrontarlo debidamente”.

ADVERTENCIA PREVIA

Pero permitidme un enfoque previo, que me parece interesante destacar y que nunca dejo de hacer. Se trata de insistir en la doble mirada del fenómeno que ha aparecido últimamente en la excelente instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española: *Iglesia, servidora de los pobres*. Documento, por cierto, que no es solo “de y para” la Pastoral Social, sino que podría considerarse como eje de toda una propuesta de evangelización. En el n. 9 habla de un doble aspecto de las migraciones; de una doble mirada, podemos decir.

■ Una es la que estamos acostumbrados a percibir. Ver a los emigrantes como pobres. Junto a esto, hay algunos casos de miradas racistas y xenófobas, y que tienden a calificarlos –incluso por parte de la llamada clase política, primeros obligados a su defensa y protección– como “amenaza”, “avalancha” y otras lindezas por el estilo (“la marabunta” o “la masa”). Todas esas son formas peyorativas que se alejan de la realidad. Se trata de creaciones mentales que parten de una falacia de principio y que se generalizan.

O, en muchas ocasiones, se les ve solo como mano de obra barata y se dice de ellos que vienen a quitar el trabajo o la sanidad a los españoles. Y eso no es cierto. Los inmigrantes no son cosas ni animales, ni invasores, sino personas que lo único que buscan es un futuro mejor, cuyo “único crimen” –que decía el premio Cervantes **Goytisolo**– “es su instinto de vida y sus ansias de libertad”.

Me refiero a aquella mirada que, si preguntáramos en cualquier sencilla encuesta pública, nos reflejaría la mayoría de la gente: los emigrantes son vulnerables, espejo de un determinado tipo de pobreza (“los más pobres entre los pobres son los emigrantes sin papeles”, dice el citado documento).

■ Pero la otra –y es la que me interesa destacar– es la mirada del

enriquecimiento social, cultural, religioso, etc. que nos aporta la emigración. Es la Iglesia española en su conjunto, y de la manera más formal posible, la que afirma en dicha instrucción: “Ha llegado la hora de reconocer la aportación que han hecho los inmigrantes a nuestra sociedad. Hemos de valorar la riqueza de los otros (...). En un futuro próximo nuestra sociedad será, en mayor medida, multiétnica, intercultural y plurirreligiosa”.

¡Pues eso!, a valorar lo que nos enriquecen. Con un régimen migratorio eficaz, desde un punto de vista económico, los países que deseen aumentar su producción y promover la innovación pueden solventar la escasez de mano de obra, proteger los derechos humanos de los migrantes e incrementar su capacidad de contribuir al desarrollo del país de destino (y del de origen) y, además, gestionar la realidad imparable de la interculturalidad. Las sociedades que están envejeciendo –como la nuestra– y dependen de los inmigrantes para complementar su fuerza de trabajo podrán mantener su nivel de vida y su sistema de protección social. Lo saben.

Y es necesario también eliminar el prejuicio sobre los de baja cualificación. Ya vienen “creciditos” sin nosotros haber gastado un céntimo en ellos y los recibimos

prestos a producir, sobre todo en trabajos que los autóctonos no quieren ocupar. ¡Cuántas pequeñas empresas y negocios no podrían sobrevivir si no fuera por la aportación de millones de inmigrantes! Los inmigrantes no quitan el trabajo, porque normalmente no compiten por los mismos puestos (de hecho, muchas vacantes de empleo coexisten con elevadas tasas de paro). También los indocumentados aportan al sistema y a la sociedad mucho más de lo que reciben. El balance fiscal es indiscutiblemente positivo para los países receptores, lo que facilita, por ejemplo, la viabilidad del actual sistema de pensiones en sociedades tan envejecidas como la española.

Si el mercado de trabajo no tuviera emigrantes, ¿podríamos permitirnos el lujo de contratar a una persona para la limpieza del hogar, el cuidado de los hijos o la atención de los ancianos que la imposible conciliación laboral y doméstica impiden? Nos los decía muy bien don **Ciriaco Benavente**, presidente de la Comisión Episcopal de Migraciones: “¡Cómo no quererlos, acogerlos y fiarnos de ellos...! ¡Les hemos entregado lo mejor que tenemos: nuestros hijos y nuestros abuelos!”.

La voz permanente de la Iglesia en su defensa nos lleva a incorporar a este reconocimiento su aportación también dentro de la comunidad eclesial. Han revitalizado la vida de la catequesis, los sacramentos, las celebraciones, etc. Hoy día son imprescindibles para la deseada revitalización pastoral.

Dejémoslo ahí. Terminemos con la afirmación rotunda que hace el principal documento español de la Iglesia sobre migraciones: “La presencia de los inmigrantes entre nosotros constituye una oportunidad histórica para la Iglesia en muchos aspectos; puede calificarse de una gracia, de un verdadero *kayrós*”. Oportunidad y gracia para el fortalecimiento de nuestras comunidades. Oportunidad y gracia para vivir la catolicidad. Oportunidad y gracia para la misión *ad gentes*. Oportunidad y gracia para el diálogo ecuménico e interreligioso. Oportunidad y gracia para la acción caritativa y social de la Iglesia. Oportunidad y gracia...

PRIMER ICONO: EUROPA

Fue precisamente en la Macedonia que recordaba al principio. Me llegó al corazón la imagen de emigrantes en la frontera con miles de concertinas, de donde eran desalojados a fuerza de bombas lacrimógenas.

Ya sabéis que los iconos orientales atraen nuestra mirada de manera fija al contemplarlos de frente, pero si hay algo que nos sorprende es que, sea cual sea el ángulo en que nos situemos, tenemos la sensación de que ellos nos siguen mirando. No nosotros a ellos. Nos “persiguen”, como esos rostros me “persiguieron” durante mucho tiempo. Las imágenes, esta vez grabadas a fuego en mi corazón, me siguen “hablando”. Y he comprendido por qué determinadas autoridades policiales aconsejan no mirar a la cara de los refugiados. Por ejemplo, a la de esa niña –¡ay los niños!– que, casi ahogándose por el maldito gas, huía despavorida sin querer desprenderse de un sencillo juguete. Como si fuera su tabla de salvación.

Y me ha parecido recordar a uno de los guardias que disparaba los gases lacrimógenos con los ojos cerrados. ¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Pero esta vez no ha sido así. Dicen que el pobre hombre no ha podido borrar de su corazón –por mucho que haya cerrado posteriormente los ojos– la mirada de horror de los niños y de los pobres. Dicen que aquel policía de ojos cerrados se llama... Europa.

Europa, que cierra los ojos, quizás avergonzada de sí misma, y que

no termina de afrontar en serio la cuestión migratoria. Ni reacciona ante las llamadas papales. Europa no sabe mirar. Para su desgracia y la nuestra.

No voy a hacer un análisis pormenorizado de la situación migratoria europea. No es el fin de este *Pliego*. Me interesa recalcar, no obstante, que la crisis no es una crisis humanitaria –como llovida inesperadamente del cielo (más bien, del infierno)–, sino una crisis producida por decisiones políticas. Lo mismo que son decisiones políticas las que marcan una delgada línea roja (una valla más bien, con sutiles concertinas) entre refugiados para acoger de una guerra (la de Siria) y no de otras. La de acoger –o no– a los que mueren por hambre o huyen de otras muchas situaciones inhumanas. En las decisiones nacidas al amparo del acuerdo de la Unión Europea y Turquía, se ha recurrido a artefactos jurídicos innobles para lavarse las manos de la sangre de los refugiados. Como en la disculpa legal en España para devolver emigrantes en caliente en Ceuta y Melilla, tan denunciado por la Iglesia.

El acuerdo con Turquía es producto –no lo olvidemos– de los egoísmos particularistas de muchos países, negándose por activa, por pasiva y por perifrástica a acoger refugiados. Incluso con disculpas propias de una postura nacional-catolicista, como se ha hecho en Hungría, o acusando al Papa de que no sabe de migraciones porque “las que ha conocido son las latinas y no las europeas”, que dijo un alto jerarca. O la ejecución sin

Campamento de migrantes en Calais (Francia)



miramientos de devoluciones masivas con mano férrea. O la transformación en un espacio semi-militarizado de las fronteras marítimas en el mar Egeo. O la terrible conversión en campos de retención lo que antes eran campos de refugiados. Todas estas causas actúan como una fría y gélida cortina sobre la vida de millones de seres humanos indefensos y con un futuro incierto. Y como disculpa soez para despertar lo peor del ser humano en algunas elecciones o decisiones políticas.

Tres millones de refugiados en Turquía, a las puertas de Europa. Refugiados atrapados entre un Estado turco impotente y unas mafias que pululan como buitres buscando carnaza en un país que no es seguro, por mucho que Europa actúe como si no lo viera. Una mirada –otra más– desviada.

¡Qué distinta la respuesta del papa **Francisco**! “Europa será capaz de hacer frente a las problemáticas asociadas a la inmigración si es capaz de proponer con claridad su propia identidad cultural y poner en práctica legislaciones adecuadas que sean capaces de tutelar los derechos de los ciudadanos europeos y de garantizar al mismo tiempo la acogida a los inmigrantes; si es capaz de adoptar políticas correctas, valientes y concretas que ayuden a los países de origen en su desarrollo sociopolítico y a la superación de sus conflictos internos –causa principal de este fenómeno–, en lugar de políticas de interés, que aumentan y alimentan estos conflictos. Es necesario actuar sobre las causas y no solamente sobre los efectos”.

Una Europa que de manera sutil discrimina a quienes pueden ser considerados o no refugiados en función del lugar (“país de origen seguro”) del que están huyendo, utilizando la nacionalidad “como un filtro” cuando lo que se debe primar son los derechos humanos y el derecho de asilo, como afirma Cáritas Europa en uno de sus últimos informes. Hasta ahí llegamos. Una Europa sin alma. Sin identidad propia. Que provoca –trágico efecto– el deseo extraño de que algunos refugiados pretendan quedarse sin identidad legal. Y no exagero. Mirad si no otra imagen, otro icono europeo: el de las manos de los emigrantes de Calais.



Refugiados sirios en la frontera serbo-húngara

Al anochecer en el Paso de Calais, un grupo de emigrantes se quemaba las yemas de los dedos con un hierro al rojo vivo, para eliminar el rastro de sus huellas dactilares. Así no serían identificados y, por lo tanto, excluidos por las autoridades europeas. Recuerdo la escena como si fuera hoy mismo, cuando la vi en el documental *Qu'ils reposent en révolte* (¡impresionante!), de **Sylvain George**, sobre el desalojo de Calais del año 2009. Tuve ocasión de volverlo a ver antes de escribir estas letras en una sesión de cine documental.

Visioné esas imágenes casi como si de una procesión religiosa se tratara. Y otras parecidas. También vi, a propósito de Calais, unas sombras sigilosas agarradas de manera inverosímil –no sé dónde– al techo de un gran camión que entraba en el túnel del Canal de la Mancha. En esta lucha por la libertad, el techo del camión es la herramienta para encontrar otro techo (que proteja), un trabajo, una tierra y un pan con dignidad. Ya han muerto varios inmigrantes al intentar este procedimiento.

Para tapar ese “enjambre” –tal y como el **Cameron** del Brexit les llamó, recibiendo una severa reprimenda por su retórica “inútil” por parte de la Iglesia inglesa–, se pensó incluso en enviar al ejército. Se les ha olvidado que estas “avispa” vienen huyendo de las guerras y el hambre, donde quizás (este adverbio es pura retórica) el Reino Unido, antigua potencia colonial, tuvo algo que ver.

Tapar enjambres o tapar “goteras”, en frase, también nada afortunada, de nuestro ministro del Interior. La única advertencia, en la que no

sé si habrán caído en la cuenta tan perspicaces políticos que inventan tan ingeniosas soluciones “para este reto global” (en frase de varios papas), es que ni son avispa ni son gotas de tormenta o granizo: son personas.

Es más fácil enviar al ejército para matar las moscas a cañonazos o para tapar las goteras. O firmar vergonzosos acuerdos con Turquía tapándose los ojos –y la nariz–. Esta es la política fácil. Pero ante el reto migratorio europeo –identidad multicultural enriquecedora– hay que tomar medidas complicadas, optando en primer lugar por salvar vidas. Por ejemplo, introduciendo visados humanitarios o apostando –como quiere la Iglesia, a través de la gestión de la Comunidad de Sant’Egidio– por los pasillos humanitarios, asegurando la reunificación familiar y evitando eficazmente la muerte de personas cuando intentan cruzar las fronteras de la Unión Europea.

Sin olvidar –más bien todo lo contrario– el esfuerzo permanente con todos los medios y recursos posibles, que abogue por una reforma estructural de las políticas migratorias europeas. Que lo puntual –visados, pasillos humanitarios, etc.– no olvide lo principal: ¡los refugiados y migrantes tienen derechos! Y toda política que se precie debe defenderlos. ¡Y nosotros firmarlo y exigirlo!

Como gritaba otro informe de Cáritas Europa para que se oyeran (a veces la mirada “escucha gritos”) las respuestas estructurales y no los parches: acceso a la protección internacional, no devolución, la reunificación familiar, la migración laboral y la migración irregular desde una perspectiva humana.



Refugiados hacia la frontera entre China y Myanmar

Goteras, enjambres... Se me heló el corazón al escuchar el grito de los que intentaban llegar a Calais rompiendo alambradas, enfrentándose a la policía: “¡Somos personas, no animales!”. Refugiados a la espera de atravesar el Canal de la Mancha, que en sus asentamientos nunca se olvidan de construir, con lonas de plástico y tablas de barcasas, capillas y mezquitas. Forjado “plus de humanidad” cuando tantos quieren arrebatársela.

Quemando las yemas de sus dedos o rayándoselas con piedras para que no pudieran recoger sus huellas. Hasta ahí llegamos. Europa sin identidad provoca migrantes sin señas de identidad.

“Sueño una Europa de la cual no se pueda decir que su compromiso por los derechos humanos ha sido su última utopía”. Lo dijo el papa Francisco al recibir el Premio Carlomagno.

SEGUNDO ICONO: ASIA

Ahora el icono-fotografía ante el que rezo y que me inspira estas pinceladas –más breves que las anteriores– es el de unos emigrantes en medio de mares asiáticos. En buques destartados que nadie atiende. A quienes desde el aire, desde helicópteros, les lanzan botellas de agua y de comida.

Parece como si hubiéramos descubierto un “mar Mediterráneo bis”, pero esta vez en el océano Índico. Allí existen también, al parecer, mares sin riberas. Y sin horizontes. Donde sí, por desgracia, transitan o naufragan los pobres, se encontrarán solo la niebla, el vacío o la soledad, como tablas de salvación donde

agarrarse. Y mientras tanto tragan sal y muerte como único alimento.

Muchas imágenes se produjeron allá por el primer trimestre de 2015, cuando unas 25.000 personas zarparon sin rumbo en barcos desde Bangladesh y Birmania (Myanmar). Hacinados en rotos buques de madera, se dirigían (¡es un decir!) hacia el sureste asiático. Eran los rohingyas y bangladesíes, que en esos días fueron los protagonistas por las estremecedoras imágenes que nos llegaron. Y que se convirtieron en el símbolo global de la crisis de inmigrantes. Muchos miles no tenían acogida. Agotados. Desnutridos. No era raro lo que se decía de ellos: aquellos mares no tienen riberas para los emigrantes. A sus vidas les niegan los horizontes. Como se los negaron en tierra cuando el Gobierno en Naypyidaw les negó la ciudadanía. Les consideró inmigrantes ilegales bangladesíes, aunque sus familias habían vivido en Myanmar –un país de mayoría budista– durante años y años. El delito de este millón y medio de personas era tener un Dios distinto. Una de las minorías más perseguidas del mundo desde los graves disturbios interreligiosos de 2012.

Fueron naufragos en el mar y lo fueron antes en tierra. Son naufragos de ahora, pero son, sobre todo, protagonistas de naufragios en el olvido, sin justicia ni faros a la vista. Rechazados como si de una partida de pimpón se tratara. Lejos de los puertos que les cierran, precisamente, sus “puertas”. Gracias a Dios, unas fotos impactantes y unos reportajes inmejorables nos descubrieron los

ultrajes sufridos por estas piltrafas humanas, a quienes solo les quedan energías para disputarse una botella de agua o alimentos lanzados en medio del mar. Muchos de ellos, ahogados o desconocidos, han podido exponer su mirada a las nuestras aunque fuera solamente a través de fotografías y reportajes en los medios. Oro clavando mi mirada sobre alguna de esas personas a la deriva. Para reconocerlos, al menos, como una gota humana identificable en la inmensidad marina. Son los naufragos olvidados que el mundo entero quiso dejar sin una tabla salvadora. Son los siempre muertos, desde hace siglos, en la mitad del mar de una humanidad egoísta y cruel.

Yo sé que esta historia de “allí” solo tiene sentido leerla y contemplarla cuando se convierte en compromiso incuestionable para “aquí”. Percibo, incluso, que he roto intimidades ajenas a través de los ojos de esos naufragos al “rezar con ellos”. Lo sé y me siento mal. Muy mal. Les han robado incluso su dignidad cuando les han (les hemos) dejado semidesnudos en medio del mundo. Personas con derechos que se deben respetar. Pura Doctrina Social de la Iglesia.

En esta hora “no cuentan las mujeres ni los niños, no cuentan quienes vagan marginados”. Por eso, qué más quisiera yo que, al menos, mis ojos se sigan cruzando con los suyos en el reflejo de las olas que les mecían. O que ellos hubieran sentido mis manos abrazándoles con la fuerza del viento, allá en sus balsas. ¡Qué más quisiera!

“Despreciado(s) y desechado(s) entre los hombres, varón(es) de dolores, experimentado(s) en quebrantos; ante quien(es) se vuelve el rostro. Menospreciado(s) y estimado(s) en nada” (Is 53, 3).

TERCER ICONO: AMÉRICA

Si hay un icono repetido que represente la emigración en América Latina, es ciertamente el que se ha repetido en fotografías, películas y noticieros de todo el mundo a partir de las llamadas “patronas”.

Contemplo esas fotos de **Norma Romero** (mi amiga) y la Mujeres de Veracruz atendiendo a los emigrantes en los trenes en marcha al lado de las vías, o repongo el documental *Llévate mis amores*, que obtuvo premios en

Francia. Parece que de nuevo cimbran las vías del tren y que se le escucha a punto de silbar, anunciando su llegada al lugar humilde donde un grupo de mujeres –¡mujeres, sí!–, como si olfatearan caballos al galope, dejan todo, toman bolsas de comida y corren a ambos lados de las vías del tren llamado La Bestia en busca de rostros hambrientos y cansados con un brazo extendido que les permita tomar algo que les refresque y les dé vida. Y así siguen las mujeres, dando luz cada vez que pasa el tren. En México, La Bestia, conocido también como “el tren de la muerte”, es una red de trenes que inicia su viaje en el Estado de Chiapas y recorre cerca de 2.400 Kilómetros hasta llegar a la frontera con Estados Unidos. Y a su lado, las patronas. Veinte años dando de comer. Misericordia pura y desnuda.

Y en los trenes un montón de gente que, por escapar de la miseria, arriesgan su vida y su integridad a bordo de una máquina de más de cien toneladas de peso y controlados por traficantes de drogas y personas. Teóricamente, ese viaje es gratuito, porque se trata de trenes de carga, pero ningún emigrante puede acceder a lomos de La Bestia si no consiente al chantaje que le imponen los traficantes: 1.200 dólares por un viaje de 25 días. Un 60% de las mujeres víctimas de violación y abuso sexual. Un 80% víctimas de robos y extorsiones. Sufrimiento a chorros demandando misericordia a corros.

Optan todavía al Premio Princesa de Asturias, apoyadas también por la Comisión Episcopal de Migraciones de la CEE. Y entre sus avales figuraba el del obispo de Saltillo, que, cuando le preguntaron por qué lo hacía, contestó: “Porque han sido mis maestras junto a las vías y frente al Evangelio”.

Ellas saben que los premios son solo plataformas para visibilizar las luchas por la dignidad. Y, por lo tanto,



Migrantes en La Bestia reciben bebida para el viaje

convertir a las patronas en princesas –como si fueran las cenicientas del siglo XXI– es poner en valor la realidad de un grupo que canaliza una labor organizadamente, negro sobre blanco, desvelando la cruda realidad de los migrantes a su paso por México (y por todos los caminos del mundo). Y que descubre –y esto no es un cuento– sus dolores y tragedias no solo en sus viajes de tránsito, sino en sus países de origen y en los de su destino. Es más: un acción individual que empezó con la señora Norma se ha transformado –también paradigmáticamente– en la acción de todo un pueblo. Movidas por la fe. Si tenéis ocasión, escuchad a Norma. Su palabra es homilía y oración.

Y PARA TERMINAR, ÁFRICA, A LA PUERTA DE ESPAÑA

Acabo de contemplar una exposición en Madrid dedicada a la crisis de los refugiados, titulada *Derechos refugiados. 11 vidas en 11 maletas* (ver pp. 40-41). Cada maleta es la historia de una persona o de una familia de refugiados, a través de su retrato, el mapa del recorrido de su viaje, sus objetos más personales, sus deseos... Si hay maletas, es porque hay sueños. Los que sus objetos encierran como impulsos vitales.

Paseé lentamente observando cada maleta o bolsa. Lo hice muy “metido en escena”, porque al poco tiempo me invadió una sensación de asfixia vital, al revivir la situación de los emigrantes que llaman a nuestras puertas desde el sur de España. Me refiero a los emigrantes africanos. Tengo especial debilidad por los subsaharianos (por eso escogí la foto de un niño marfileño), aquellos cuyo viaje dura una media de tres años, durante los cuales atraviesan desiertos y mares, de país en país, de camión en camión, de barco en barco, para intentar llegar a Europa. No se sabe cuántos lo consiguen. Y menos cuántos son emigrantes hoy de deseo. Ni cuántos se quedan en el camino.

Han estado oteando, días y días, la corta distancia desde el monté Gurugú, donde malviven emigrantes y emigrantes contemplando los –tan solo– 14 kilómetros que les separan de Europa (distancia mentirosa y cruelmente corta entre el norte y el sur).

Y tras observar la maleta número 11, que es la de una refugiada española de hace 70 años, que nos recuerda que un día muchos españoles también fuimos refugiados (eso de “recuérdalo tú para recordarlo a otros” que os decía al principio), noté que faltaba una. Aquella que, por desgracia, es imposible de recuperar. Símbolo e icono de todas. La que levantó la sospecha de unos guardias en la frontera del Tarajal en Ceuta y que, al detectarla en el escáner, no podían ni imaginar la imagen a través de la pantalla que aparecería en su interior: acurrucada en el interior de la maleta, como protegiendo sus



MIGRACIONES. ICONOS QUE NOS INTERPELAN

sueños, una figura casi esquelética. Parecía humana. ¡Un niño en una maleta! Y no era precisamente un contorsionista. Abren la maleta. Adou sacó la cabeza de entre un puñado de ropas y de sueños: “*Je m’appelle Adou*”, dijo en francés. Era el mediodía del 6 de mayo de 2015. El sol hizo abrir los ojos del niño. No llegaba a los 9 años. Y más tarde deshizo los sueños de A. O., su padre, que a sus 42 años soñaba con abrazar a su hijo (solo quería eso) y que otros quisieron traer de una manera tan peculiar. Lo logró el año pasado. Al fin y al cabo, Adou tuvo más suerte que los cientos de niños ahogados en la tragedia siempre penúltima del Mediterráneo.

“¿Qué hacer con la mirada de Adou?”, me pregunto yo muchas veces. E intento responder con sinceridad. Lo primero que hago es “situarme” ante el icono. Me imagino también viajando en la maleta o en la patera. Naufragando en la huida, por tierra o por mar (¡qué más da!). ¡Ay! Lo hago confortablemente sentado en mi sillón, a la luz de la preciosa luna primaveral que baña mi habitación. Aceptar los privilegios que por mi nacimiento en el norte me fueron concedidos es fácil o difícil. Depende. ¿Qué hacer con la injusticia? Íntimo dilema cotidiano. Y, a la vez, la responsabilidad de ser feliz con lo que misteriosamente me “ha tocado” y he podido ir escogiendo. Libremente.

Ahora solo debo imaginar el naufragio. O el viaje en la maleta cerrada. Hundiéndote. O ahogándote. Como los de aquellos niños emigrantes en la bodega de otro barco, que tenían que pagar para respirar en cubierta. Y, al

imaginarme situaciones parecidas, empezar a pedir lo que quiere Francisco: al menos, llorar.

Y así dejar que aparezca la misericordia. Nada que ver con la sensiblería y la emotividad pasajera. La misericordia va más allá. Se identifica con la capacidad de profunda conmoción interior ante el sufrimiento del otro. Me impulsa a aliviar su dolor, incluso a costa de incrementar el mío. Por eso, las obras –y no tanto las palabras– de misericordia tienen tanto que ver con la identidad cristiana y, sobre todo, con el cariño y la ternura del buen Dios ante el dolor humano. Ante un niño casi ahogado que empieza a respirar cuando han abierto su ataúd-maleta.

Adou soy yo. Lo miro. Silencio. Callar no es otorgar. Me pongo a releer las líneas que escribí entonces. Y descubro de nuevo que es Adou quien mira la escena a mi lado, esta vez sonriendo. Sin la cinta negra protectora de su inocencia que tapaba sus ojos.

A los iconos religiosos se los venera, pero la veneración es hacia Aquel a quien representan. Por eso ahora beso estos iconos trágicos que os he descrito. Porque quiero venerar a quien me remiten, al Cristo pobre y humillado, mientras recuerdo la frase del papa Francisco: “Quien quiera acercarse a Cristo que bese las llagas de los pobres”.

Mientras, observo llorando las fotografías tan preciosas de mis pequeños sobrinos españoles situadas en mi estantería. Y beso también las fotografías que os he ido describiendo. Suspiro hondo. No dejaré que me

mientan los que hablan de construir más vallas o hundir las barcas en esta hora individualista e insolidaria.

“*Je suis Adou*”. He escrito por un lado en mi camiseta. Que la camiseta se me pegue a la piel. Que me queme. Que se me pegue la lengua al paladar si me olvido de Ti (de ellos).

APÉNDICE

La respuesta eclesial pide miradas integrales. Por eso recurro a vosotros desde la hondura espiritual que me empuja hacia la Hospitalidad para dar respuestas integrales. Desde ahí llevamos tiempo y tiempo apostando por la acogida y la inclusión de las comunidades migrantes y refugiadas, así como por la cooperación internacional para abordar soluciones en su origen. Por eso y porque nos rebela la cicatería de la administración pública (¡cuando hemos sido capaces, sin recursos apenas, de acoger y facilitar integración a millones de emigrantes y ahora no nos dejan hacerlo con apenas 18.000!), la Iglesia insiste en su disposición ante las administraciones públicas, poniendo al servicio sus recursos humanos y materiales, ya previstos en muchas diócesis y congregaciones religiosas. Y quiere hacerlo desde una respuesta humanitaria, coordinada, generosa e integral. Por eso termino este *Pliego* con la mirada final hacia la Red Intraeclesial de entidades de Iglesia en España: Migrantes con Derechos. Nacida desde la voluntad de impulsar una presencia coordinada de Iglesia, para sostener “públicamente un discurso común y una mirada compartida sobre el hecho migratorio en todas sus vertientes”. Y así, alimentándonos con el compromiso y la oración, dejar que nadie nos robe “la convicción profunda e imprescindible para sensibilizar a la sociedad e incluso a las propias comunidades cristianas”. Porque hay que dar hasta la vida en la defensa de los derechos de las personas migrantes y refugiadas, con el cultivo y desarrollo de una cultura de la acogida del diferente inspirada en la hospitalidad. Hasta la vida. Día a día, verso a verso, gota a gota...

Quizás así recuperaré la mirada también contemplativa de Dios mismo, que de nuevo me recrea desde el barro para hacerme a mí mismo, todo entero, tierra de hospitalidad. ●

Varios inmigrantes encaramados a la valla de Melilla

